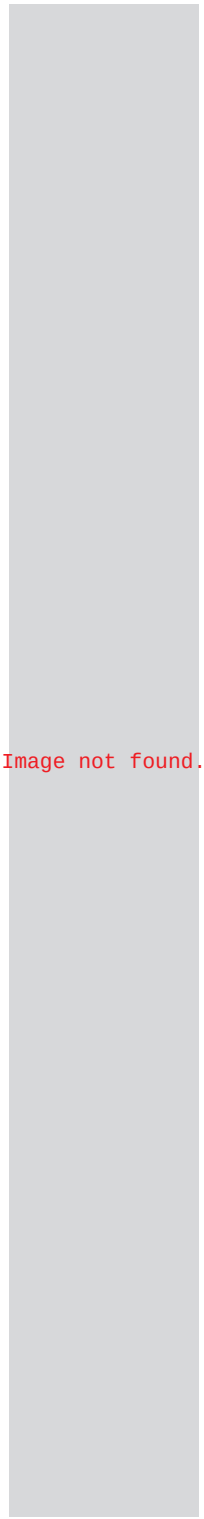
Sucedió en México

:) Girón-Dolce



Capítulo 1

Sucedió en México

Nora Girón-Dolce

One Peso

Carlos y Malena llegaron al Puerto de Acapulco en un auto nuevecito. Un Malibú impecable, flamante, blanco, convertible, año 1965.

Algunos días antes de su llegada, Malena había recibido una llamada telefónica y después de colgar, llegó a la conclusión de que el clima seco y terregoso de las ciudades fronterizas del norte les hacía mal. Decidió entonces que una temporada cerca del mar era lo que ella y Carlos necesitaban para renovar sus vidas. Hizo varias llamadas telefónicas a algunos de sus contactos y en menos de veinticuatro horas consiguió la promesa de un buen contrato trabajando como cantante y vedette en el centro nocturno del afamado hotel Caleta, destino preferido de las estrellas de talla internacional de la época. Al día siguiente liquidó el cuarto de alquiler en el que vivían, guardó en dos maletas sus pocas pertenencias, las metió en la cajuela y con Carlos en el asiento del copiloto, se embarcó en la aventura de conducir las treinta y seis horas que les tomó en ése entonces llegar desde Sonora hasta Guerrero.

Llegaron de madrugada.

Cuando descendieron por la colina, Carlos se quedó sin aliento al ver por primera vez la mancha obscura y apacible que era el mar. Aquél monstruo sin fin resplandecía iluminado por las luminarias de la costera. Carlos pudo ver desde la ventanilla del auto, las luces nocturnas que les daban la bienvenida, el puerto en calma, los pequeños veleros anclados en las marinas y sintió al respirar, el cálido aire de la costa. Malena, que manejaba con un cigarrillo encendido en la mano izquierda, dio una calada profunda, tiró la ceniza, miró a su hijo de ocho años y le preguntó con voz

suave si le gustaba Acapulco. Carlos sintió un enorme nudo en la garganta, suspiró, miró a su madre y le dijo: ¡Es fantástico!

Llevaban apenas tres meses viviendo juntos. El padre de Carlos se lo había robado el año anterior. Lo había llevado a vivir bajo el cuidado de su abuela paterna y argumentando que Malena era una mala influencia para el niño y que en casa de su familia siempre estaría mejor, no había permitido que se vieran bajo ninguna circunstancia. Ella se comunicaba con Carlos enviándole cartas, tarjetas postales y algunas veces lo llamaba por teléfono pero nada más.

Carlos ya había perdido la esperanza de volver a verla cuándo, una mañana antes de la Navidad, la abuela le dijo que por ser una ocasión especial, Malena vendría a recogerlo al mediodía para llevarlo de compras. La realidad era que Malena había esperado que los ánimos del padre de Carlos se calmaran y pacientemente ideó un plan para recuperar a su hijo. Le hizo creer a la familia que se había establecido en una casa de la ciudad, que tenía un trabajo fijo en el teatro, que se encontraba conforme con la idea de que ellos se hicieran cargo de Carlos y fue midiendo el terreno poco a poco hasta encontrar la oportunidad para que la dejaran estar un rato a solas con él. Como sabía que la familia del padre no estaba en la mejor situación económica, llamó a la abuela varias veces antes de que empezaran las fiestas de Diciembre y le rogó que la dejara ver al niño para llevarlo de compras y celebrar juntos la Navidad con un almuerzo. La abuela cedió a la petición, más por la promesa de las compras que por sus buenos sentimientos.

Una vez que Carlos estuvo con ella en el auto, Malena se dirigió a toda velocidad hacia la central de autobuses del norte en donde ya los esperaba un amigo de ella con las maletas listas y dos boletos directos hacia la ciudad de Torreón.

Desde ése día habían andado de fugitivos aventureros por todo el norte de México. Cambiando de locación cada vez que Malena recibía la llamada telefónica de algún amigo avisándole que el padre de Carlos había dado con su paradero otra vez.

En esa ocasión, Malena había elegido irse a Guerrero por varias razones: la primera era que el padre de Carlos creía que ella siempre se ubicaba en el norte porque tenía la idea de que todos sus contactos y amistades se encontraban allá. La segunda; porque sabía que ahí tendría excelentes oportunidades de trabajo siendo un punto turístico tan visitado, con tantos cabarets y centros nocturnos. Pero la más fiel y verdadera, la razón que le salió del alma, era que Acapulco había sido siempre su gran amor.

El hotel Caleta era el edificio más hermoso en que Carlos hubiera puesto jamás un pie, blanco y gigantesco, como un castillo en medio del mar. Ahí parado frente a la piscina iluminada; hipnotizado por los reflejos azules

del agua con las luces de la noche, escuchó el canto de las cuijas y fantaseó con monstruos marinos, barcos piratas y peces de colores hasta que Malena regresó a buscarlo. Acababa de hablar con el gerente y firmar un contrato por seis meses de trabajo. Como a todos los artistas del hotel, les asignaron una habitación sencilla en la planta baja. Unos empleados de uniforme blanco les ayudaron a meter las maletas mientras un chofer se llevaba el Malibú a guardar en la cochera. Cuando estuvieron solos en la habitación, Carlos sintió cómo su cuerpo estaba pegajoso por el sudor y comentó que hacía mucho calor. Malena encendió el ventilador y le dijo que tendría que acostumbrarse, que en los próximos días irían a comprar ropa adecuada para vivir en la playa.

Esa mañana mientras Malena dormía para reponerse del viaje, Carlos no se cansó de mirar las aspas del ventilador que giraban refrescando el aire de la habitación. Miraba a su madre dormida y le acariciaba los cabellos. Todo aquello que estaba viviendo le parecía un sueño. Imaginaba que vivirían en aquél lugar tan bonito y cálido para siempre. Hacía planes en su mente para, en un futuro, convertirse en investigador privado especialista en el mar. Pensaba hablar con el gerente y montar su oficina ahí mismo en el hotel, así trabajaría ayudando a resolver los misterios y problemas en los que se metieran los huéspedes y los empleados. Eso sí, tendrían que negociar mucho porque iba a exigir en su contrato que le permitieran tener un perro sabueso que lo acompañaría a todas partes. Un perro tan bien entrenado que sorprendería a todo el mundo con sus habilidades de rastreador y que sería su aliado, su socio y su amigo inseparable. Resolverían crímenes y misterios, recibirían altos reconocimientos de la policía y saldrían juntos en las fotos del periódico. Carlos sonreía al imaginar sus propias ocurrencias y así fantaseando, fantaseando, se fue quedando dormido con una sonrisa en los labios.

Al día siguiente a la hora del almuerzo, los castillos en el aire de Carlos se desmoronaron en un instante cuando Malena le anunció que al terminar de comer lo llevaría a inscribir a la escuela pública. Carlos se puso pálido, se le atragantó el bocado y comenzó a llorar suplicándole a Malena que por favor no lo hiciera, que él no quería volver a ir a la escuela; pero ella, mirando hacia otro lado le explicó que era una orden del presidente de la República que todos los niños de México debían asistir a la escuela y que él no iba a ser la excepción ni la vergüenza del país. Luego encendió un cigarrillo, miró a su hijo a los ojos y le dijo que seis meses en Acapulco eran mucho tiempo como para permitirle andar de vago y no hacer nada; que los adultos tenían la obligación de trabajar y que la obligación de los niños era asistir a la escuela. Carlos, resignado dejó de llorar y se secó las lágrimas. Sabía que su madre tenía una voluntad de hierro y un carácter de leona que unas lagrimitas de frustración no podrían quebrantar. Cuando estaban a punto de levantarse de la mesa se les acercó el señor Smith.

El señor Smith era uno de los socios inversionistas del hotel. Era un americano amable y regordete de unos sesenta años de edad. Tenía los ojos azules, las mejillas rosadas y una barba rizada y blanca. Llevaba siempre un sombrero de paja, un bastón de madera fina, pantalones de lino crudo e impecables camisas guayaberas que delataban de inmediato su condición de extranjero adinerado. Había hecho su fortuna siendo aún muy joven, invirtiendo en pozos petroleros. Disfrutaba mucho la pesca, los yates, la buena comida y los viajes a destinos tropicales. Había quedado viudo desde hacía años y tenía hijos ya adultos, circunstancia que le permitía escapar muy seguido de su natal Alaska y pasar larguísimas temporadas en Acapulco, donde vigilaba sus intereses, participaba en las reuniones del exclusivo club de yates, disfrutaba del extraordinario clima del puerto y de su pintoresco ambiente mexicano.

Esa mañana se había acercado a Malena para, en un gesto de cortesía y bienvenida, invitarla junto con Carlos a pasar la tarde y cenar en el restaurante La Perla. En ese lugar el mayor atractivo era observar desde un punto privilegiado el espectáculo que ofrecían los famosos clavadistas de La Quebrada. Malena aceptó gustosa la amable invitación y se retiró en seguida dispuesta a terminar de una vez con los pendientes del niño. Carlos había estado con la boca abierta durante el corto tiempo que duró la entrevista y ni siquiera fue capaz de articular palabra cuando el señor Smith con su acento de extranjero le preguntó si estaba contento de estar en Acapulco. Cuando estuvieron a suficiente distancia de él, Carlos le preguntó a su madre por qué ése hombre hablaba tan raro. Malena le contestó: porque es gringo. Después ella se le quedó mirando al niño y le preguntó por qué tenía esa cara de pasmado. Carlos miró a su madre y le dijo: estoy muy sorprendido porque siempre pensé que Santa Claus vivía en el polo norte. Malena se echó a reír.

La pequeña escuela pública donde Malena inscribió a Carlos, se encontraba a pocas cuadras del hotel y era sencillo llegar caminando. Después de explicar su situación y haber hecho los arreglos correspondientes con el director del plantel, quedaron de acuerdo para que Carlos comenzara a asistir el lunes siguiente a las clases de tercer grado. Más tarde, se fueron de compras al centro. Carlos no podía creer su buena suerte. Su madre le compró calzoncillos para nadar, pantalones cortos, camisas ligeras, unos huaraches y una mochila de cuero que le gustó tanto, que no dejó de abrazarla durante el camino de regreso al hotel.

A las seis de la tarde en punto, bañados, peinados y perfumados, se encontraron en la recepción con el señor Smith quien de inmediato los invitó a subir a su auto convertible y se los llevó a dar una larga vuelta por la costera Miguel Alemán. Carlos estaba fascinado con todo lo que veían sus ojos y abría la boca grande haciendo exclamaciones cada vez que el señor Smith les indicaba algún punto de interés. Así conoció la bahía y las playas que corrían paralelas a ellos, repletas de palapas con

sus techitos de palma seca, el exclusivo club de yates, la glorieta de la Diana Cazadora, coronada por la hermosa fuente de Minerva; la plaza Álvarez; el hotel Papagayo, los vendedores de artesanías y las calandrias adornadas con flores que tiradas por caballos ofrecían un paseo a los turistas. Cuando pasaron por el malecón, Carlos señaló con el dedo y le preguntó al señor Smith cómo se llamaba ese edificio blanco, tan grandote que estaba frente a ellos. El señor Smith sonriendo, le dijo que aquello no era un edificio, sino uno de los cruceros americanos que llegaban al puerto cada semana trayendo cientos de turistas desde los Estados Unidos. Al terminar el recorrido de la costera, subieron por una colina y llegaron al hotel El Mirador. Ahí bajaron del auto y se dirigieron al restaurante La Perla en donde un mesero muy amable les asignó una mesa en el balcón.

Más que el paseo en el auto, más que ver a su madre tan hermosa y tan feliz, más que el aroma y el clima del puerto, más que la deliciosa langosta con mantequilla y más que el flan de coco que tomó de postre, lo que realmente impactó a Carlos desde esa noche y para siempre, fueron los clavadistas de la Quebrada.

Su madre y el señor Smith le explicaron paso por paso lo que aquellos hombres harían para ellos esa noche. Le dijeron que uno a uno, llegarían al mar desde el más bajo de los miradores. Después cruzarían el estrecho nadando y treparían descalzos y sin equipo de protección las afiladas rocas del acantilado de cuarenta y cinco metros hasta llegar a una plataforma. Ahí se inclinarían con devoción ante la estatua de la virgen, a quién ofrecerían sus vidas. Luego de persignarse, encenderían cada uno una antorcha, saludarían a los espectadores y saltarían al vacío en un espectacular acto de belleza y valentía.

Carlos no pudo creer todo lo que vio en aquella noche inolvidable. Le pareció que aquello era una cosa de otro mundo que ni siquiera los superhéroes de las revistas podían igualar. Nunca había imaginado que una persona pudiera hacer algo así, tan arriesgado, tan peligroso y al mismo tiempo tan bello. ¡Qué cosa más increíble era esa de desafiar a la muerte, saltar haciendo una pirueta desde un acantilado y caer con gracia hasta el fondo del mar!

Después de la noche en la Quebrada, la vida de Carlos y Malena comenzó a tomar el ritmo normal que llevaría por los meses venideros. Malena trabajaba por las noches y dormía hasta el medio día que era cuando Carlos regresaba de la escuela. Comían juntos en su cuarto del hotel o en la terraza y después Malena lo dejaba haciendo la tarea mientras ella se iba a ensayar. Cuando Carlos terminaba sus deberes, se ponía un pantalón corto y pasaba la tarde paseando por el hotel o chapoteando en la parte baja de la piscina. Algunas veces se encontraba con el señor Smith y platicaban de alguna cosa. Malena regresaba a las siete de la noche, revisaba la tarea, le daba de merendar y lo ponía en la cama a las ocho en punto; lo dejaba leer un cuento o una revista mientras ella se

arreglaba y maquillaba. A las nueve de la noche le daba un beso, apagaba la luz y se iba a trabajar. Los días en que a Malena le tocaba descanso, se iban juntos a las playas de Caleta y Caletilla. Tomaban el sol, se bañaban en el mar y ella le compraba un coco sin ginebra. A Carlos le encantaban los días de descanso. Le gustaba comer en la playa, llenarse los pies de arena y jugar con los otros niños que visitaban el lugar mientras Malena lo observaba en la distancia, bronceándose y bebiendo una cuba libre. Carlos había decidido que Caleta y Caletilla eran sus playas preferidas y las sentía ya, como cosa suya. Se las sabía de memoria de haberlas recorrido tanto, en las semanas que llevaban viviendo en el puerto y; ya hasta había elegido en qué punto del islote que dividía las dos playas, mandaría construir la casa en la que él y Malena vivirían cuando él se hiciera mayor. Conocía muy bien de vista a todos los que trabajaban por ahí. El entorno y las personas le eran completamente familiares: Las señoras que vendían la comida, el letrero luminoso del hotel Boca Chica, los hombres que ofrecían paseos en las lanchas con fondo de cristal para ver a la virgen o viajes de ida y vuelta a la isla de La Roqueta. Le gustaba nadar por debajo el pequeño puente que cruzaba la ensenada entre las dos playas y que conectaba la calle con el islote. Saludaba con familiaridad a los meseros de los negocios que rentaban las palapas y ofrecían cocteles a los turistas y también a los vendedores ambulantes que anunciaban a gritos sus mercancías: aceite de coco para broncear, bebidas refrescantes, frutas con chile y limón, joyas de plata de Taxco, alcancías con forma de gorila hechas con cáscaras de coco, bisutería hecha con conchas de mar y montones de chucherías que, él hubiera querido comprar pero que se había quedado siempre con las ganas porque no tenía dinero.

Alguna vez le había pedido a Malena que le diera un poco, pero ella se había negado rotundamente y le había dicho muy seria que los niños no tenían la necesidad de llevar dinero encima, que tener dinero era cosa de gente mayor; que sólo las personas responsables y trabajadoras ganaban dinero y que si él quería alguna cosa no tenía más que pedírsela.

La primera vez que Carlos se escapó de la escuela nadie se dio cuenta.

Hacía varias semanas que vigilaba a un grupo de tres muchachos que lo tenía intrigado. Andaban siempre juntos, tenían actitud de líderes, intimidaban a los niños más pequeños y todos los viernes después del recreo desaparecían misteriosamente sin que nadie, ni siquiera el profesor se alarmara por su ausencia. Después de seguir sus pasos por algún tiempo con mucho disimulo y discreción, descubrió que se escapaban por un agujero que había en la malla de acero que rodeaba la parte trasera del plantel. Una vez descubierta la ruta de escape, le tomó dos semanas más reunir el valor para decidirse a seguirlos y averiguar lo que hacían.

Aquel viernes, con la mochila en hombros y el corazón latiéndole en la garganta, esperó un par de minutos después de verlos salir y sin perderlos de vista salió detrás de ellos. Los siguió a poca distancia y se dio cuenta

que estaban haciendo el camino de regreso desde la escuela hasta el hotel. Caminaron por un terreno baldío que los llevó hasta un estrecho callejón colmado de contenedores de basura. El callejón se fue haciendo ancho hasta convertirse en una calle que fue a dar directamente a la costera. Los muchachos cruzaron a toda velocidad la avenida de dos vías y Carlos tuvo que hacer un gran esfuerzo para alcanzarlos sin ser visto. Una vez que estuvieron en la playa de Caleta, caminaron sobre la acera y luego sobre el puente que llevaba al islote. Ya estando ahí, caminaron hacía un pequeño muelle en donde anclaban los veleros que transportaban a los turistas a la pesca de peces vela. Carlos se escondió detrás de un tambo de agua y los observó desde ahí. Los chicos dejaron las mochilas en un rincón, se quitaron las camisetas, se pararon en una parte del muelle donde no había embarcaciones y comenzaron a gritarle a un grupo de turistas que se encontraba reunido ahí esperando su turno para subir al transporte. Carlos alcanzó a escuchar lo que gritaban pero lo que decían no tenía sentido para él. ¿Sería acaso que sus compañeros estaban pidiendo limosna?

Las cosas se pusieron claras, una vez que en el grupo de turistas se dispersó dejando un hueco a través del cual Carlos pudo ver lo que estaba ocurriendo.

Los chicos gritaban: ¡One peso míster gringo, one peso! Entonces uno de los turistas se sacaba una moneda del bolsillo, la mostraba al niño y la arrojaba al agua. El niño se lanzaba de inmediato al mar y después de rescatar la moneda, salía a la superficie con ella en la mano. Los turistas celebraban el rescate con aplausos y exclamaciones mientras los chicos seguían gritando; entonces otro turista volvía a hacer lo mismo con otro niño. Una vez que el grupo de turistas había partido en algún velero, los chicos contaban el dinero, lo guardaban en sus mochilas y esperaban a que se juntara un grupo nuevo para entonces comenzar a gritar otra vez: ¡One peso míster gringo, one peso!

Carlos pasó varias horas observándolos desde su escondite hasta que los chicos salieron del agua, tomaron sus cosas y se marcharon. Fue entonces cuando se dio cuenta que, la hora de salida de la escuela había pasado hacía mucho rato y que se las iba a ver muy duras con Malena por llegar tarde a comer. Durante el trayecto de regreso al hotel pensó en todo lo que había visto y sintió mucha envidia de sus compañeros quienes, no sólo escapaban de la escuela sino que también tenían el valor de arrojarse al mar y encima ganaban dinero al hacerlo. En los meses que él llevaba viviendo en Acapulco no había logrado vencer el miedo que le provocaba la idea de clavarse al agua. Una cosa era aventarse de pie o hecho bolita; chapotear en la piscina o en las aguas de las playas de Caleta y Caletilla donde el agua nunca le rebasaba la cintura y otra muy diferente controlar el vértigo y lanzarse de cabeza al mar. Esa noche, después de los regaños y el castigo, Carlos no pudo dormir. Imaginaba lo que pasaría si él pudiera ganarse una moneda del mismo modo que los otros niños, se veía a si

mismo saltando desde el muelle para rescatarla antes de que ésta tocara el fondo. ¡Qué orgullosa de él se sentiría Malena!

El viernes siguiente, después de la hora del recreo, Carlos volvió a seguir los pasos de sus compañeros y terminó de nuevo en su escondite detrás del tambo de agua. Los chicos repetían una y otra vez sus gritos y sus clavados para entretener a los turistas. Carlos sentía unas ganas locas de salir corriendo del escondite y unirse al grupo de valientes. Se imaginaba acercándose a ellos con confianza y valor, imaginaba que sorprendería a todos con su habilidad y destreza, imaginaba que superaría a los demás chicos, lograría el mejor clavado y rescataría el mayor número de monedas. Sentía el impulso de acercarse al grupo pero de inmediato lo reprimía el miedo al rechazo. Estaba tan absorto en su lucha interna contra el bien y el mal, que no se dio cuenta de que alguien estaba parado detrás de él, hasta que escuchó una voz que con acento extranjero le dijo: ¡Hey boy! ¿Qué hacer tú escondido aquí? A Carlos se le heló la sangre. Se dio vuelta y descubrió con horror que quien le hablaba era el señor Smith.

El hombre lo ayudó a levantarse del piso y se le quedó mirando con curiosidad. Carlos tragó saliva, se retorció las manos y temblando de miedo le pidió que por favor no le fuera a contar a Malena que lo había encontrado ahí a esa hora. El señor Smith no comprendía el nerviosismo del niño ni el motivo de su ansiedad, así que lo tomó por los hombros y le dijo que se calmara y que esperara un poco. Se dio vuelta, caminó hacia un velero que estaba a dos metros de ellos. Abrió la compuerta para alcanzar una hielera que se encontraba ahí y sacó dos botellas de gaseosa. Les quitó las corcholatas con un destapador y regresó a sentarse junto a Carlos en el muelle. Le ofreció una de las gaseosas, luego encendió un puro que sacó del bolsillo de su camisa, respiró profundo y le pidió que, con mucha calma le explicara lo que estaba pasando. Carlos se lo contó todo con detalles, no tanto porque le tuviera mucha confianza sino porque se moría de ganas por compartir con alguien sus secretos. Después de que el niño terminó de hablar, el señor Smith se quedó muy callado. Volteó a ver a los chicos del muelle, se quitó el sombrero y se rascó la cabeza. Luego miró a Carlos y le preguntó: ¿Así que lo que tú querer, es hacer lo mismo que esos muchachos? ¿Tú ganar una moneda e impresionar a madre? Carlos asintió. El señor Smith se levantó, se puso el sombrero y le dijo a Carlos que lo acompañaría al hotel porque se estaba haciendo tarde. El niño recogió su mochila y le preguntó si acaso lo iba a acusar con Malena. El hombre sonrió y le contestó que no, que tenía una idea mejor pero, que se la contaría mientras hacían en el camino de regreso.

La idea que tuvo el señor Smith para ayudar a Carlos a lograr su pequeña meta, era sencilla y genial. El hombre le había dicho que hacía falta mucho valor para lograr hacer lo que quería, pero que, en caso que decidiera vencer su temor y arriesgarse a intentarlo, entonces sería él

mismo quien le arrojaría la primera moneda para bucear. Como había entendido bien el nerviosismo del niño ante el posible rechazo de los otros chicos y su temor a tirarse de cabeza al agua; le sugirió que la primera vez no hubiera más testigos que él y Malena. Luego le dijo que antes de intentar hacer lo mismo que hacían los chicos del muelle, tenía primero que superar sus miedos; le sugirió que practicara los clavados durante el sábado en la piscina del hotel y le dio cita para el domingo a las doce en punto, en el muelle de los veleros. Cuando llegaron al cuarto de Carlos, Malena salió a la puerta dispuesta a regañar a su hijo pero el señor Smith le pidió que por favor lo disculpara, que había sido culpa de él que hubiera llegado tarde a comer. Dijo que lo había encontrado cuando regresaba de la escuela y lo había invitado a tomar un refresco y conocer su velero. Luego le dijo a Malena que quería invitarla el domingo por la mañana a conocerlo también. Malena, un tanto recelosa aceptó, le dio las gracias al señor Smith y se despidió metiendo al niño a la habitación. Cuando cerró la puerta, miró a Carlos con sospecha y le dijo: ¿Qué es lo que se traen tú y ese gringo? Carlos sonrió, se encogió de hombros y se sentó a comer.

La mañana del domingo amaneció clara y tibia. Carlos se levantó muy temprano y se fue directo a la piscina. Tenía el cuerpo adolorido por las contorsiones que había hecho el día anterior practicando sus clavados. No sabía cuántas con exactitud, pero se había arrojado a la piscina muchas, muchas veces. Al principio, todos los clavados le habían salido muy mal pero, los panzazos dolieron tanto que no pasó mucho tiempo antes de que lograra por fin, arrojarse de cabeza. Después de la primera vez que lo logró, se entusiasmó tanto y se sintió tan confiado que lo siguió haciendo una y otra vez hasta que se hizo de noche y su madre lo vino a buscar a la hora de la merienda.

Malena se fue sola a la cita con el señor Smith porque no pudo encontrar a Carlos por ningún lado. Llevaban ya un rato sentados en el velero bebiendo y conversando, cuando vio venir a su hijo caminando sobre el muelle. Carlos se acercó a ellos y el señor Smith lo saludó, luego le dijo a Malena que les hiciera favor de acompañarlos porque le tenían una sorpresa al final del muelle. Cuando llegaron ahí, Malena se les quedó mirando. El señor Smith le explicó entonces que su hijo había visto a los muchachos que se ganaban una moneda buceando y que él quería también ganarse una para regalársela a ella. Malena hizo un intento para hablar pero el señor Smith le pidió silencio y le dijo que por favor comprendiera el gran esfuerzo que Carlos estaba haciendo para agradarla y que al menos por esa ocasión le permitiera intentar. Malena aceptó. Entonces el señor Smith sacó del bolsillo de su pantalón una moneda y se la mostró al niño diciéndole: *¡Here you are my boy! ¡One peso!*

Carlos y Malena abrieron los ojos como platos. Lo que el hombre les estaba mostrando era una auténtica moneda de un peso de plata de edición especial que en esos días tenía un valor aproximado de quinientos

pesos.

Malena intentó detener al señor Smith pero ya era demasiado tarde, el hombre había lanzado la moneda al aire y Carlos en un parpadeo se había arrojado al mar. La moneda cayó al agua haciendo ¡Plum! Y Carlos se impulsó de prisa para bucear hacia el punto donde había caído. Abrió los ojos en el agua salada y la vio, brillante y hermosa, hundiéndose suavemente frente a él. Pataleó con desesperación para impulsarse hacia abajo y llegó al fondo tan solo un par de segundos antes que la moneda. Abrió la mano extendiéndola hacia el frente y al sentir el metal en su palma, cerró los dedos con fuerza. El corazón se le salía del pecho mientras nadaba hacia la superficie. Apretaba la moneda tan fuerte que le estaba lastimando pero ni siquiera así abrió los dedos. Emocionado, pensando en lo que acababa de lograr, alcanzó la escalinata del muelle y comenzó a subir. Después de haber subido el último escalón, se incorporó y empezó a caminar hacia Malena y el señor Smith que celebraran su hazaña con aplausos y sonrisas.

Entonces ocurrió un suceso inesperado.

Carlos sintió una enorme fuerza que lo tomó por la cintura, lo levantó del suelo y lo arrastró en la dirección contraria a su madre y el señor Smith cuyos rostros pudo ver transfigurarse por el miedo y la sorpresa. Asustado y desorientado, abrió sin querer la mano y soltó la preciosa moneda que, girando, girando, volvió a caer al agua perdiéndose para siempre.

Vio a su madre gritar y correr detrás de él; entonces, miró hacia arriba buscando el rostro del hombre que se lo estaba robando y descubrió con sorpresa que era su padre. Al cabo de un minuto ya lo había metido a un auto en marcha que rugió huyendo a toda velocidad.

Lo último que Carlos vio antes de entender que se lo llevarían de Acapulco para siempre, fue la imagen desesperada de Malena tratando de alcanzar el auto.

EPÍLOGO

Quince años después, desde el pódium de los triunfadores, Carlos se inclinó con cortesía para recibir de manos de un juez, la flamante medalla de plata que acababa de ganar para México en las competencias de clavados de los Juegos Olímpicos de Moscú.